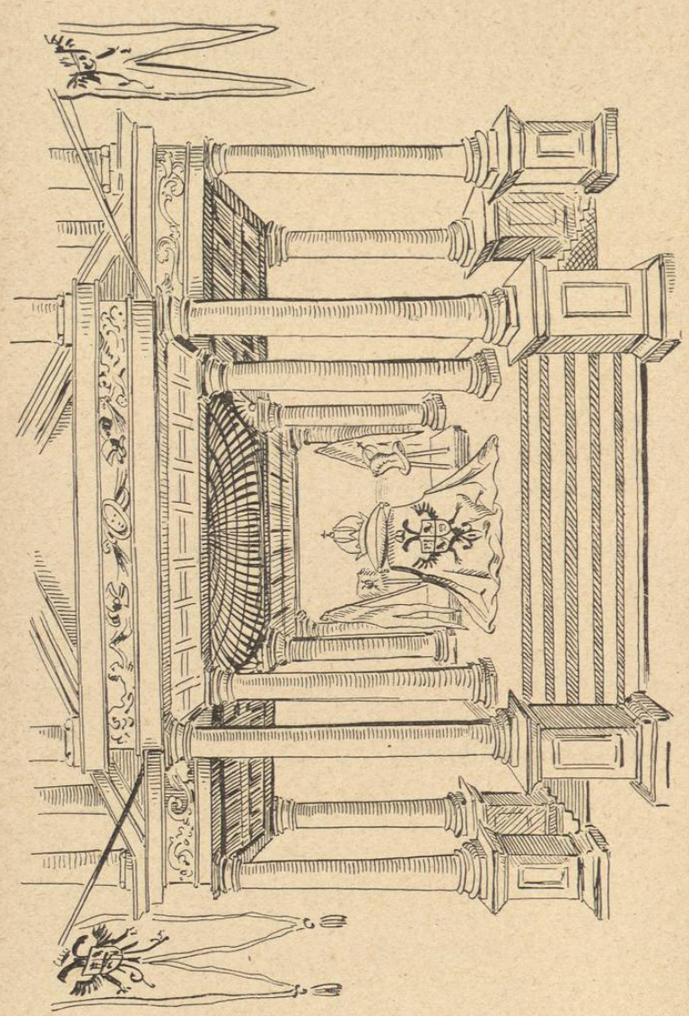

TÚMULO IMPERIAL DE CARLOS V.
(Uno de los primeros grabados hechos en México).

CAPITULO X

LOS FUNERALES DE CARLOS V

La Sacra, Cesárea, y Católica Majestad de Carlos V, que dos años antes había abdicado el trono de España é Indias, expiró á las dos de la madrugada del día 21 de Septiembre de 1558 en el Monasterio de Yuste.

Tan infausta noticia no llegó á conocimiento de los vasallos del Ex-Emperador, en México, sino hasta el siguiente año de 1559 [1].

Su Excelencia el Virrey, D. Luis de Velasco, de común acuerdo con el Arzobispo, Real Audiencia y Ayuntamiento, ordenó celebrar las exequias del difunto Monarca, de un modo suntuoso y solemne.

Pensose que tan augusta ceremonia se verificase en la iglesia Mayor; pero al punto fué desechada la idea, porque se consideró que aquel templo con ser el principal, era bajo y reducido, pues entonces no existía aún la gran basílica y se aprobó que tuviese lugar en el atrio

1. El primero que tuvo noticia en Nueva España del fallecimiento de Carlos V, fué Fr. Jacobo Daciano; pero de un modo milagroso, según refiere con admirable sencillez el cronista La Rea. Después de enumerar algunos de los méritos de Daciano, dice en el capítulo XXX: "Echó el sello en las virtudes con la contemplación en que fué consumadísimo, arrobándose muchas veces, de manera *que más parecía ave del aire que hombre de la tierra*. Y sucedió que siendo guardián del convento de Tarecuato, una noche, en un grande rapto que tuvo, le reveló Nuestro Señor la muerte del Emperador Carlos V, para que le pagare en el trance de la muerte el que le hizo de España á las Indias. Luego por la mañana puso un túmulo tal, cual lo permitía la grandeza del difunto en la corta esfera de aquella iglesia, y le celebró misa como de cuerpo presente, con la solemnidad mayor que se vió en aquellos principios. Los religiosos admirados le preguntaron la causa y dijo que en aquella hora era muerto el Emperador. Lo cual se confirmó después de algunos meses que llegó la flota y hallaron que había muerto á la hora que dijo el Santo Jacobo." — *Crónica de la orden de N. Seráfico P. San Francisco. — Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*; compuesta por el P. Lector de Teología Fr. Alonso de La Rea, de la misma Provincia; página 135, de la edición de la *Voz de México*. — 1882.

de San Francisco y en la capilla de San José de los Naturales del mismo convento.

El túmulo fué trazado y ordenado por D. Claudio Arciniega, " excelente arquitecto " y " maestro mayor de las obras de México ; " bajo el inmediato cuidado de Bernardino de Albornoz, Regidor de la ciudad y Alcaide de las Atarazanas. Tardó en levantarse el soberbio túmulo tres meses, durante los cuales fué grande el número de curiosos, que día con día, como sucede siempre en estos casos, asistió á contemplar los progresos de la obra hasta que fué terminada.

Como ya dijimos, el túmulo se construyó en el patio de San Francisco que era " cuadrangular, más largo que ancho, cercado por todas partes de paredes altas de piedra ; éntrase á él por dos puertas, la una que mira al Septentrión y la otra al Occidente, á cada una de las cuales responde otra de la iglesia principal del Monasterio. Al derredor de las paredes va rodeado de altos y copiosos árboles. En el medio está levantada una cruz de madera tan alta que de fuera de la ciudad se ve de tres ó cuatro leguas. Á la mano izquierda, por la puerta del Septentrión, tiene una capilla que se llama de San Joseph, á la cual se sube por dos gradas ; es muy grande y está fundada sobre muchas columnas que hacen siete naves, las cuales, para hermosear la arquitectura del túmulo, se jaspearon. Cabrán en esta capilla y patio cuarenta mil hombres, porque más que estos se hallaron de españoles y naturales cuando las honras se celebraron. Hízose el túmulo fuera de la capilla, pero cerca de ella, porque el oficio funerario se había de hacer en la capilla y había de estar en ella toda la ciudad, y el túmulo fuera de ella se pudiese levantar tan alto como convino, y los que estuviesen en la capilla y en el patio pudiesen á placer gozar del túmulo..... "

Mientras se elevaba este *Monumento*, se pregonó públicamente por orden del Virrey, veinte días antes de las exequias, " que todos los hombres y mujeres de cualquier estado y condición que fuesen, trajesen luto, en muestra del fallecimiento de tan gran monarca ", y al punto se cumplió con ello, á tal grado que en menos de tres días todos vistieron luto, " que parecía imposible haber tantos sastres en

la ciudad, que en tan breve tiempo pudiesen hacer tantos y tan sumptuosos lutos : porque hubo caballero que en ellos gastó más de mil pesos. "

El Virrey despachó en seguida cartas á los Cabildos, Alcaldes Mayores, Corregidores y Monasterios ; á los Gobernadores y Caciques de Nueva España, avisándoles que para el día de San Andrés de aquel año de 1559, se celebrarían las honras. Muchos de los invitados vinieron desde 20 y hasta 80 leguas.

Por su parte el Arzobispo hizo semejantes invitaciones al Obispo de Michoacán y á todas las iglesias que dependían de la Metropolitana, y también con veinte días de anticipación mandó que " en la iglesia catedral y monasterios desta ciudad (México) se clamase tres veces al día, la una por la mañana, la otra á medio día y la otra á la oración ; lo cual se ejecutó " con tanta solemnidad, que verdaderamente tanta multitud de campanas tocadas todas á un tiempo movían á tristeza y memoria de la muerte del que como era razón paraba en ello. "

Por fin llegó el día 30 de Noviembre del año del Señor de 1559, día del apóstol San Andrés, señalado para dar comienzo á los funerales del que fué en vida invictísimo César y Emperador Carlos V.

En la tarde salió la procesión de la entonces Real Casa, pues el hoy Palacio aun no era del gobierno, y de la iglesia Mayor por la puerta del Perdón.

Delante iban los naturales, precedidos de dos ciriales y una cruz con su manga negra, y atrás las tres gobernaciones de México, Tacuba y Tetzcoco, y la provincia de Tlaxcala, representados respectivamente por D. Cristóbal de Guzmán, D. Antonio Cortés, D. Hernando Pimentel y D. Domingo de Angulo, vestidos " con lobas y capirotes de luto con largas faldas tendidas ", y llevando cada uno los estandartes de sus cabeceras con sus armas y las de su Majestad, " doradas y plateadas en campo negro ". Luego, de cuatro en cuatro, los señores de los pueblos que dependían de las citadas cabeceras, y á continuación más de dos mil indios principales y nobles, de cuyo orden cuidaban, con sendas varas, los intérpretes de la Audiencia y varios alguaciles.

En seguida caminaban los clérigos y los frailes de Santo Domingo,

San Francisco y San Agustín, " en esta manera : iba adelante una cruz rica con manga negra, con funerales, y tras ella á los lados dos clérigos ancianos, que para mayor autoridad llevaban las puntas de la procesión, y por su orden toda la demás clerecía y religiosos, mezclados los unos con los otros hasta cuatrocientos sacerdotes, y al fin de ellos iba el Arzobispo vestido de pontifical con dos canónigos por ministros, y otros dos por asistentes ; iban por caperos dos canónigos y dos frailes de cada orden, que todos eran ocho ; llevaban ocho muchachos con sus cetros ; iban con estos cuatro clérigos de Evangelio para incensar. " Seguían el Obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga y el de Nueva Galicia, D. Diego de Ayala, " y luego el presidente de la Iglesia, provinciales, priores y guardianes, insertos, con las dignidades. " El Arzobispo llevaba su cruz y báculo, y delante de él iba la cruz mayor de iglesia " con cuatro acólitos vestidos de negro. "

Aquí comenzaba la parte civil de la procesión : iba á la cabeza, solo, " muy enlutado y arrastrando la falda, " Bernardino de Albornoz, que conducía el Pendón de la ciudad ; dos maceros ó reyes de armas " con cotas de damasco negro, y en ellas las armas reales de oro y plata ; " los oficiales de la Real Hacienda y D. Luis de Castilla, que conducían las reales insignias de este modo : D. Hernando de Portugal, tesorero, la corona en una almohada de brocado ; D. Hortuño de Ibarra, contador, el estoque desnudo en la mano derecha ; D. García de Albornoz, factor y veedor, " la celada con una corona imperial por cimera, " y D. Luis de Castilla, " la cota sobre una almohada de brocado ".

Venían después, D. Francisco de Velasco solo, con el Estandarte Real y la falda tendida ; su hermano D. Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, también solo, con la cabeza cubierta, la falda tendida, " cuya punta llevaba su camarero ; " lo seguían fuera de los lados de la procesión, " sus continuos y caballeros, " y los oidores Zurita, Villalobos, Puga y Orozco ; luego el Fiscal del Rey, el Alguacil Mayor de la Corte, los alcaldes y regimiento, de cuatro en cuatro ; el Alcalde Mayor y regidores de Puebla ; dos alcaldes de la Hermandad ; los oficiales de la Real Audiencia y de la ciudad : el rector de la Universidad

y los doctores, todos de cuatro en cuatro ; los conquistadores, los alcaldes y corregidores, los ciudadanos y los mercaderes, " en los cuales con ser muchos había pocos que no fuesen con lobas y capirotes, arrastrando las faldas. "

" Aquí se remataba la tercera parte de la procesión — dice el cronista — y comenzaba luego la caballería, que formados de cuatro en cuatro por hilera, tardó buen rato en pasar, con tanto orden, concierto y autoridad, que hacía la pompa funeral parecer muy bien : cerraba la caballería, porque la gente que venía detrás que era mucha, no se entremetiese y rompiese el orden, una guardia de alabarderos. Irían por todos, de lobas y capuces, más de dos mil hombres, y fué tan larga la procesión, así de los españoles, como de los naturales, que rodeando por la puerta de Sant Francisco, que mira al Occidente, y ser el trecho desde la casa Real á Sant Francisco, bien largo, estaba la mitad de la procesión ya en el monasterio, cuando la otra parte comenzó á salir de la casa Real. "

La procesión tardó en entrar dos horas y media.

Dentro del templo la ceremonia de ese día y la del siguiente, fueron solemnes y majestuosas, y en la imposibilidad de escribirlas, remitimos al lector al libro de Cervantes Salazar, de donde hemos extractado y copiado las noticias del presente capítulo[1].

Así honró México á su difunto Emperador Carlos V, y esas honras fúnebres que hoy recordamos con curiosidad á través de los tiempos, nos proporcionan una prueba inequívoca del progreso que la capital de Nueva España había alcanzado en menos de cuarenta años.

El soberbio túmulo, nos demuestra que las bellas artes se habían desarrollado ; el lujo de los caballeros, las riquezas acumuladas ; la asistencia de los obispos de Michoacán y Nueva Galicia, que hasta ahí habían implantado sus cruces los misioneros, y el concurso de gobernadores y caciques indígenas — que según el cronista iban lanzando

1. *Túmulo Imperial de la gran Ciudad de México.* — Por Antonio Espinosa. — 1560. — Libro escrito por el Doctor D. Francisco Cervantes Salazar, sumamente raro y reimpreso en 1886 por D. Joaquín García Icazbalceta, en su Bibliografía Mexicana del Siglo XVI, páginas 97 á 121.

hondos suspiros y derramando abundantes lágrimas — que los conquistados, los dueños de todo, reverentes y sumisos habían doblegado la cerviz, por la voluntad ó la fuerza, ante el poder de España.

Puede haber en la descripción de estos funerales, como atinadamente dice el Sr. Icazbalceta, algunas exageraciones por parte del cronista; pero aun rebajando el boato de la solemnidad, siempre nos marca esta un adelanto, un progreso, en la ciudad conquistada por Cortés y defendida por Cuauhtemoc.

CAPÍTULO XI

A VIRGEN DEL PERDÓN